

EL UNIVERSO EN LOS MITOS CLÁSICOS

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ MARRERO

CAROLINA REAL TORRES

Universidad de La Laguna

SUMMARY

The present paper will try to forget the differences that divide astronomy and astrology nowadays. We will do it with examples which make reference to the Classical period. This topic will serve us to make a general revision of the Universe (mainly of planets) with the explicit aim of proving that astronomy would not bear the importance that has in our days if in other historical eras astrology would not have participated in its conception.

«La astrología es la astronomía trasladada
a la Tierra y aplicada a los asuntos humanos».
(Ralph Waldo Emerson)

0. INTRODUCCIÓN. ASTRONOMÍA Y ASTROLOGÍA

Tanto la astronomía como la astrología designan para el mundo occidental actual dos conceptos antagónicos. Pero esta diferenciación es más bien un disfraz. La unión de ellos es un hecho histórico que sólo se ha visto estrictamente separado en las etapas recientes del desarrollo científico. En la antigüedad astronomía y astrología designaron alternativamente un mismo cuerpo de doctrinas y saberes. Probablemente la diferencia fundamental radica en la finalidad de las predicciones, como señala San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (3,27-28): «En algo se diferencian la astronomía y la astrología. El contenido de la astronomía es el movimiento circular del cielo; el orto; la puesta y el movimiento de los astros; así como la razón de los nombres que éstos tienen. La astrología es, en

parte, natural y, en parte, supersticiosa. Es natural en cuanto que sigue el curso del sol y de la luna, y la posición que, en épocas determinadas, presentan las estrellas. Pero es supersticiosa desde el momento en que los astrólogos tratan de encontrar augurios en las estrellas y descubrir qué es lo que los doce signos del zodiaco disponen para el alma o para los miembros del cuerpo, o cuando se afanan en predecir, por el curso de los astros, cómo va a ser el nacimiento y el carácter del hombre».

Ésta viene a ser, en suma, la distinción que ha llegado hasta nuestros días. Sin embargo, la astrología, basada en lo que E. Cassirer (1923-1931) llamó «pensamiento mítico», es una forma de ver las relaciones entre el hombre y el cosmos, de ahí que algunos investigadores consideren que esta ciencia es una manifestación religiosa, en tanto que otros piensan que es una forma de adivinación. De cualquier manera, la astrología ha tenido en distintas épocas un extraordinario auge y aún en la actualidad continúa teniendo cultivadores y adeptos.

1. ASTROLOGÍA Y ASTRONOMÍA EN EL MUNDO CLÁSICO

Los conocimientos astrológicos se iniciaron en Mesopotamia y se consolidaron en Egipto. De este país fueron transmitidos a la Grecia helenística y desde el mundo griego a Roma. En todas estas regiones el interés primordial estuvo siempre en torno a los círculos del poder, pues con frecuencia los jefes de estado se apoyaban en la limitación de los astros para tomar decisiones y ejercer su autoridad.

Con respecto al mundo romano, siempre se ha dicho que sus gentes no se acercaron a la astronomía desde un punto de vista científico, puesto que no hicieron ningún descubrimiento en este campo y sus escasas aportaciones emanan directamente de las fuentes griegas. De la misma manera, no poseemos el nombre de ningún astrónomo romano, al que se le pueda atribuir tal denominación con precisión. No obstante, tampoco se puede afirmar que los romanos permanecieran indiferentes a un tema que ocupó lugar tan importante en su literatura y en su vida cotidiana. Hasta tal punto la consulta de los astros llegó a influir en la sociedad que Juvenal escribía: «existen algunas personas que no son capaces de aparecer públicamente en banquetes o salas de baño si no han consultado antes las efemérides»¹.

¹ *Iuv.* 3, 41-43: *Quid Romae faciam?... motus // astrorum ignoro.*

Sin embargo, no existe entre los romanos una separación diáfana entre instruidos y profanos en esta materia. La delimitación más aproximada la ofrece Firmico Materno, en el Proemio de su *Matheseos libri VIII*, en la síntesis de contenido que inicia la obra, como índice de los temas que va a tocar en su desarrollo. Pero la obra de Firmico Materno está lejos de ofrecer una visión unitaria de lo que se entiende por astronomía y más bien nos presenta los elementos propios de una astrología supersticiosa.

No obstante, es posible establecer una distinción entre los textos que tratan en particular la cosmografía y aquéllos que ofrecen alusiones o comentarios sobre el tema astrológico. Entre las fuentes romanas más importantes podemos destacar las traducciones y comentarios que se hicieron de los *Fenómenos* de Arato y de los *Catasterismos* de Eratóstenes, las dos obras griegas que mayor influencia desempeñaron en los autores latinos.

Cicerón, además de ser el primer traductor latino de la obra de Arato, compuso dos obras con la astronomía como tema: en *Somnum Scipionis* lleva a cabo una amplia exposición acerca de cuestiones astronómicas y en *De Divinatione* organiza un ataque frontal a la astrología supersticiosa².

El primero en exponer las doctrinas astrológicas con una terminología ya fijada fue Manilio, que compone en cinco libros su *Astrologia* y tras él, es quizás Plinio el Viejo quien relata con más claridad la visión del universo y la teoría de los movimientos planetarios, que se podía tener en el momento. Justifica además su análisis de los fenómenos astronómicos que permiten conocer las leyes que rigen la naturaleza, mostrándolos como una manera de cooperación con la astrología, a partir de la influencia de los astros y planetas en los asuntos humanos. Con ello marca Plinio una nueva etapa importante para la historia del vocabulario astronómico latino.

Entre los siglos IV y V aparece la curiosa enciclopedia de Marciano Capela, *Nuptae Mercurii et Philologiae*. Es la obra con la que se concluye el mundo clásico y al mismo tiempo sirve para abrir el camino a los tratados medievales de compendio y repetición del saber antiguo. De esta manera, Capela pone al alcance de la escuela las nociones

² También nos brinda su teoría del mundo y de la providencia divina en el libro II de su obra *De natura deorum*.

astronómicas como disciplina del *quadriuium*, integrante de la enciclopedia medieval.

Finalmente, ocupa un lugar destacado en el siglo VII San Isidoro de Sevilla, al que hemos hecho referencia anteriormente. Sus obras *De natura rerum* y *Origines*, dan buena cuenta de numerosos elementos astronómicos, siempre en el tono explicativo del santo hispano.

Este breve recorrido por algunos autores nos ha servido para entender aún más que los conceptos astronómicos son igualmente astrológicos desde el punto de vista de los antiguos. Y de este modo son integrantes de una misma ciencia que responde a una visión unitaria. De todo esto resulta que la terminología astronómica es una parte viviente del léxico latino, que se ha ido transformando a lo largo de los siglos, y la elección de términos depende de las clases sociales y del género literario. En este punto se nos plantea una segunda dificultad: ¿Qué entendemos exactamente por vocabulario astronómico? Ante esto debemos señalar que, por una parte, tenemos términos que dan nombre a los astros (planetas, estrellas, constelaciones); por otra, términos que designan los distintos puntos y líneas del firmamento, y un último grupo referido a los fenómenos celestes. En líneas generales, la adaptación del vocabulario latino ha sido una concepción utilitaria de la ciencia, que, en un principio, disponía sólo de instrumentos rudimentarios de observación. Los astrónomos modernos han adoptado, quizás por comodidad con la nomenclatura usada, los nombres latinos. Nosotros hemos querido ceñirnos sólo a los planetas.

2. EL NOMBRE DE LOS PLANETAS

La noción actual de planeta es distinta de la que tenían los antiguos: si para nosotros se trata de cuerpos opacos que toman la luz del sol y realizan sus órbitas en torno a él, describiendo una elipsis, por el contrario para los antiguos eran objetos celestes que no ocupaban —real o aparentemente— una posición fija en la esfera celeste. Los observadores más atentos señalaban que de una noche a otra ciertos astros no ofrecían la misma posición en relación a las estrellas de alrededor y que se desplazaban progresivamente de oeste a este, sin abandonar la zona zodiacal, y, además, que en este desplazamiento, contrario al movimiento diurno de la esfera celeste, participaban también el sol y la luna. El mundo romano siguió la denominación que de ellos ofrecía la ciencia griega y estableció un calco semántico de la palabra *πλάνητες*, deri-

vada del verbo *πλανόμοι* 'andar errante'; de ahí que entre los romanos a menudo se hable de *stellae erraticae* o *errantes*, además de *planetes*. A este respecto, Isidoro (*Orig.*, 3,71,20) nos dice que «son estrellas planetas las que no están, como las demás, fijas en el cielo, sino que se desplazan por el aire».

Otro procedimiento de caracterización de los planetas era la designación por su nombre. En este sentido hay que tener en cuenta que el descubrimiento de los planetas no procede en su totalidad del mundo clásico. La antigüedad contaba con siete planetas a los que los pitagóricos atribuían un valor místico, como dice Cicerón (*Somn. Scip.*, 12,1): *qui numerus rerum omnium fere nodum est*. En la misma línea, autores como Macrobio o Calcidio afirmaban que en el mundo astronómico el número siete tenía una importancia privilegiada por las siete estrellas de la Osa Mayor, las siete Pléyades, etc. En fin, entre estos planetas se incluían *duo lumina*, esto es, el Sol y la Luna, y los cinco restantes, Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio. Posteriormente se han ido añadiendo otros: en el año 1781 Herschel descubrió un cuerpo celeste que seguía una órbita alrededor del Sol, al cual se le dio el nombre de Urano. En 1846 Le Verrier prueba la existencia de Neptuno. Finalmente Lowell en 1930 descubre el astro más alejado del Sol, al que se bautizó con el nombre de Plutón.

En cuanto a los nombres de los planetas dice San Isidoro (*Orig.*, 3,71,21): «Los romanos divinizaron (las estrellas) dándoles los nombres de sus dioses: Júpiter, Saturno, Marte, Venus y Mercurio. Engañados y deseando engañar, aquéllos buscaban conseguir algo según sus deseos, y, tratando de adular a los dioses, señalaban las estrellas del cielo, diciendo que tal estrella era la de Júpiter y tal otra la de Mercurio».

Las concepciones más antiguas situaban estrellas y planetas a la misma distancia de la Tierra. Fue un progreso considerable admitir que los planetas se distribuían en profundidad en el espacio cósmico. Esto ocurrió por etapas y de acuerdo a la experiencia adquirida para el Sol y la Luna, que el sistema de Anaximandro separaba de los otros astros.

Desde el siglo I de nuestra era los latinos sabían que los planetas no estaban situados en el mismo plano que las estrellas fijas. Tenemos el testimonio de Higino (*Astr.*, 4,14) que dice: *Nonnulli existimant, cum dicitur sol in Ariete aut in quolibet signo esse, eum supra ipsas stellas Arietis iter facere. Qui autem hac ratione utuntur, longe a uera ratione errant. Nam neque sol, neque luna proxime sidera apparent. Hac etiam de causa nonnulli VII stellas erraticas finxerunt*. En este sentido también

es importante la opinión ofrecida por Macrobio en el siglo IV: *Tauro gestante solem... Cancro gestante tunc lunam...Mars erat in Scorpio, Sagittarium Iuppiter obtinebat, in Capricornio Saturnus meabat*. En ella se demuestra que se trata de un episodio de inspiración astrológica, pero mantiene la antigua creencia de la relación entre los planetas y los signos zodiacales que parecen ocupar ellos, atribuyendo una casa de predilección entre estos signos.

Nosotros nos vamos a referir exclusivamente a las designaciones mitológicas de los siete planetas, haciendo, por medio de las etimologías que Isidoro presenta en su obra, un recorrido desde el mundo clásico a la Edad Media. La nomenclatura latina refleja la evolución que manifestó el mundo griego en la denominación de cada uno de los planetas, pero debemos constatar que las designaciones más habituales han sido tomadas por el mundo grecolatino de los modelos orientales. Sin embargo, para las constelaciones, por ejemplo, los poetas han utilizado designaciones, perífrasis y epítetos que se asocian de una manera más directa a los planetas, y fundamentalmente a las divinidades de las que toman el nombre:

Saturno: este planeta está personificado en el dios Saturno, portador de la serpiente con la que emascula a su padre Caelus, tal como Ovidio (*Ibis*, 28) lo designa con la perífrasis *sidera...falciferi...senis*, y además devorador de todos sus hijos a excepción de Júpiter, salvado por su madre Cibeles. Es también el símbolo del tiempo para los romanos. Pero San Agustín, y con él San Isidoro, señalan a Saturno como origen de los dioses y de toda su descendencia³, añadiendo además: «Los latinos hacen derivar su nombre de *satus* (siembra), como si a él perteneciera la siembra de todas sus cosas o tal vez por su larga vida, puesto que está 'saturado' de años». En la interpretación astrológica Saturno se asocia con la vejez y simboliza también la limitación, ya que antiguamente era el planeta más distante en el universo conocido y sus anillos obstaculizaban su visión.

Júpiter, el rey de los dioses representado con el cetro y el rayo, recibe como planeta varios términos que los poetas han empleado indistintamente, como el de *Tonans* recogido por Claudiano (22,437). Sin embargo, por boca de Isidoro (*Orig.*, 8,11,34) podemos leer lo siguiente:

³ *Macr.*, somn., 1, 21, 2 y 1, 18, 15; también en 1, 21, 24.

⁴ *Aug.*, civ. e *Isid.*, orig., 8, 11, 30.

te: «Se dice que Júpiter deriva su nombre de ayudar y que ... viene a significar 'el padre que ayuda'». En el cielo es muy fácil de reconocer, fundamentalmente porque es el planeta más brillante después de Venus.

Venus, diosa de la belleza y del amor, nació de la espuma del mar, por vista ya de todos sus encantos. Distintos son sus nombres culturales, entre ellos *Cytherea*, por haber nacido en la isla de Citera, etc... Es también la estrella del monte cretense de Idalia. Así nos lo hace ver Propertio (4,6,59) cuando dice: «el padre César muestra su admiración desde su astro idalio», señalando a César como descendiente de Venus. Del mismo modo Venus, como madre de Eneas, recibe un calificativo perifrástico en la *Eneida* (8,681): *...patriumque aperitur uertice sidus*.

Las civilizaciones más antiguas no distinguían los planetas de otros astros y los confundían en la masa de estrellas anónimas que componían el cielo. De esta manera, las dos estrellas (la de la tarde y la de la mañana), que eran en realidad el planeta Venus, habían recibido cada una un nombre, sin duda alguna desde el período de la comunidad indoeuropea. Se debe a Pitágoras el hecho de entender que Venus era un solo planeta, aunque en Roma no se reconoce de este modo hasta la época imperial. Esta dualidad hace que se descubran, también en los mitos, dos estrellas diferentes: Vesper y Lucifer. No en vano se llegan a confundir, así en Higino (*Fab.*, 65): *Ceyx Hesperis siue Luciferi... filius*.

La estrella de la tarde es *Vesper*, anunciadora de la noche, y cómplice de los amantes, como en Catulo (62,1): *Vesper adest, iuuenes, consurgite; Vesper Olympo expectata diu uix tandem lumina tollit*. Por otra parte, ha estado asociada al deseo del Amor, mientras que la estrella de la mañana sólo lo era indirectamente. Es realmente interesante la fábula que cuenta Isidoro (*Orig.*, 3,71,19): «Véspero (*Hesperos* para el mundo griego) es la estrella occidental, que, según cuentan, tomó su nombre de Héspero, rey de España. Es una de las cinco estrellas planetas que traen la noche y siguen al sol. Dicen que esta estrella, al salir trae la mañana, y al ocultarse, la tarde».

Marte, hijo de Júpiter y Juno o, según cuentan los poetas, Juno hizo que naciera del contacto de una flor cuando vio que Minerva nacía del cerebro de Júpiter. Como planeta ha recibido sobrenombres poéticos según las características tradicionales de Marte, dios de la guerra, tales como *Belicoso*, *Poderoso en la guerra*, etc...

Sin embargo, los mitógrafos han querido ver a su manera las relaciones entre los dioses Marte y Venus y las conjunciones entre los planetas (o la sucesión inmediata en el orden caldeo de los planetas), así

el nombre *Pyrois*, dado a veces, se referiría a esta razón. Según dice Higino (*Astr.*, 2,42): *Stella Martis...Veneris sequens stellam hac, ut Eratosthenes ait, de causa quod Vulcanus cum uxorem Venerem duxisset, propter eius obseruantiam Marti copia non fieret ut nihil aliud assequi uideretur, nisi sua stella Veneris sidus persequi a Venere impetrauit. Itaque cum uebementer amor eum incederet, significans e facto stellam Pyroenta appellauit.* Además, por el hecho de ser el planeta rojo, Plinio lo relaciona con las características del fuego y la guerra. Ese mismo color ha motivado su asociación con el calor y la violencia. Su brillo es más variable que el de cualquier otro planeta, y de ahí que se le considere el inductor de los excesos sexuales humanos en la Tierra.

En cuanto a Mercurio, no sabemos si las características del dios, bri-bón y audaz, tienen algo que ver con el planeta. Como hijo de Júpiter y Maya, el planeta Mercurio es designado así por Manilio (5,7: «*Maia natum*») o por Ovidio (*Ibis*, 216) simplemente como: *Quem peperit magno lucida Maia Ioui.* Del mismo modo que Venus, también Mercurio es conocido por el lugar en el que nació, el monte Cilene; así, en las *Geórgicas* (1,337) de Virgilio es llamado *Ignis Cyllenius* o *Cilenio* a solas como ocurre en la obra de Manilio (1,871). Entre los mitógrafos no tuvo este planeta demasiada inspiración e Higino se limita a decir: *Mercurio data stella existimatur, quod primus menses instituerit et peruiderit siderum cursus*⁵. Su rápido movimiento y su esquiva naturaleza originaron que se le asociara en astrología con la velocidad y agilidad mental.

Con respecto al Sol, su aparición en el firmamento cada mañana, su carrera por el espacio, su luz y su calor, han sido un misterio para los hombres desde la más remota Antigüedad. Casi todos los pueblos han atribuido al Sol poderes sobrenaturales y lo han adorado como si se tratara de un dios. La designación por la simple palabra *sol* pudo parecer bastante banal a determinados poetas, como Lucrecio, que no utiliza ninguna designación mitológica para evocar al Sol porque, según él, no posee carácter divino ni en sí mismo tiene dimensiones considerables. Sin embargo, el apelativo más utilizado es el de Febo, no en vano Apolo o Febo, dios que conduce el carro del sol, se toma muchas veces por el Sol mismo. Así lo citan Virgilio en la *Eneida* (11,913) y Horacio en sus *Carmina* (3,21,24). Pero el término se hace particularmente frecuente en Ovidio, sobre todo en sus *Metamorfosis*, y en Manilio. A veces, también

⁵ *Hyg.*, *astr.*, 2, 42; 80, 8 y ss.

recibe el Sol el nombre de su propio hijo, Faetón, mito que sirve para explicar por qué los etíopes conservan el tinte negro o por qué África perdió para siempre su vegetación. De esta manera aparece, por ejemplo, en la *Eneida* virgiliana (5,105) «*Auroram Phaetontis equi iam luce uebebant*», donde se alude también a una característica general y tan habitual entre los poetas, que se ha convertido en un verdadero cliché identificador: los cuatro caballos que tiran del carro del sol.

El origen de los sustantivos *diana* y *luna* es parecido, como sufijos en *-ndā*. Hasta tal punto se confunden que Cicerón (*Nat. deor.*, 2,68) dice: *Dianam autem et lunam eandem esse putant*; de ahí que muchas veces la Luna sea identificada con la diosa de la caza, hermana de Apolo. Así, en las *Etimologías* de San Isidoro (8,56) leemos: «De Diana, hermana de Apolo, dicen igualmente que es la Luna y la protectora de los caminos». También se confunde con Proserpina, quien con el nombre de Hécate-Trivia realiza las acciones de magia o encantamientos, como vemos, por ejemplo, en Catulo (34,15 ss.): *Tu potens Triuia et notto es dicta lumine Luna*. Los estoicos identificaban la Luna no sólo con Proserpina o con Diana, sino también con Juno. Los eclipses se explicaban mitológicamente con una facilidad increíble: Diana, o sea la Luna, quitaba el cielo para poner en su lugar al bello Endimión, un pastor, observador y conocedor de los astros, del que quedó totalmente prendada Diana. Así lo manifiesta Catulo (66,1-6): *Omnia qui magni dispexit lumina mundi, / qui stellarum ortus comperit atque obitus, / flammeus ut rapidi solis nitor obscuretur, / ut cedant certis sidera temporibus, / ut Triuiam furtim sub Latmia saxa relegans / dulcis amor guro deuocet aereo,...*

⁶ *louk-na frente a *diuiana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEN, R. H. (1963) *Star names. Their lore and meaning*. Nueva York.
- BOUCHÉ-LECLERCQ, A. (1899) *L'Astrologie grecque*. París.
- CASSIRER, E. (1923-1931) *Philosophie der Symbolischen Formen*, Berlín.
- CRAMER, F. H. (1954) *Astrology in Roman law and politics*. Filadelfia.
- DE MEO, C. (1986) *Lingue tecniche del latino*.
- DICKS, D. R. (1970) *Early greek Astronomy to Aristotle*. Ithaca.
- GUNDEL, W.-GUNDEL, H. G., (1966) *Astrologumena. Die astrologische Literatur in der Antike und ihre Geschichte*. Wiesbaden.
- LE BOEUFFLE, A. (1977) *Les noms latins d'astres et de constellations*. París.
- LINDSAY, J. (1971) *Origins of Astrology*. Londres.
- SALEMME, C. (1983) *Introduzione agli Astronomica di Manilio*. Nápoles.
- STAHL, W. H. (1962) *Roman Science*. Madison.
- TATON, R. (1966) *La science antique et médiévale* (collab. de J. Beaujeu). París.
- WEBB, E. J. (1952) *The names of the stars*. Londres.